

Carlos Alejandro / Olga de León

Mañanas de taller en casa

Reunión en Quito, Ecuador.

Por aquellos años leía con mi madre algunos cuentos de Las Lunas de Júpiter, de Alice Munro, y lo percibo como si hubiese sido hoy, incluso hace algunos minutos. Aquellas narraciones me hacían recordar cómo mis amigos, no necesariamente todos escritores de profesión, pero sí artistas, se habían expresado sobre la relación entre padres e hijos. El Doc solía referirse a su papá como El Capi, y respecto a su madre, en una ocasión, le escuché decir: “Yo no sé qué voy a hacer el día que se me vaya”.

Las lecturas de Munro coincidieron con días en los que desayunaba con camaradas, todos originarios de Sudamérica, y a quienes no veía desde hacía una década. Ese domingo accedí a levantarme temprano para almorzar con ellos porque Julián, esposo de Amanda y escritor, había fallecido seis semanas atrás y yo no había podido acudir al velorio en Quito, por una conferencia que daba en Río de la Plata. En realidad no hubo velorio, sino más bien una fiesta con el grupo literario al que Julián pertenecía, en la universidad donde impartía clases de literatura. “Muy al estilo gringo”, pensé yo, pero poco sabía sobre Amanda y confieso que menos aún conocí a Julián como para afirmar eso con certeza. En sus últimos meses, la cirrosis alcohólica hacía ver a Julián como a un viejo de noventa años, con treinta más que ella, casi como su padre.

Los últimos dos años de matrimonio para Amanda fueron exactamente como estar emocionalmente enjaulada en una cárcel. Debía fingir infelicidad cada día que regresaba de paseo, porque si confesaba lo bien que se había sentido: él la sufriría sus celos, él se “aplatanaba”, dejaba caer la toalla al piso; y eso era algo que Amanda no quería provocar en él. Julián era de esos escritores que podían fabricar una novela de trecientas páginas, ingresarla a un concurso y sentarse en el sillón de la sala durante seis meses esperando el veredicto, gastando en la mente el dinero correspondiente al premio, platicándole sus planes a Amanda: el cómo distribuiría su dinero. Luego, se deprimía durante un año entero porque no había resultado ser el autor premiado. La verdad es que, ni la morralla ni los reconocimientos llegarían nunca. En su lecho de muerte, a unas horas del fin, rechazó la oferta de una amiga colombiana que le publicaría tres novelas inéditas, tres de sus incomprendidas obras.

En la mesa del desayuno, Amanda confesó que con la enfermedad de Julián, de pronto se sentaba en el estudio a escribir. “Lo entiendo”, respondió un amigo; “lo entiendo y te felicito”, añadió otro; “debes sentirte orgullosa”, no tardó en decir uno más.

Así es que ese domingo, Amanda se sentía libre, pero repito que ignoro la estrecha relación entre Amanda y su hombre, ahora casi padre. Supongo que el tema de la admiración pública a la obra de Julián algún día llegará: podrá tomar tres años, treinta o trescientos; no importa, llegará. Por lo pronto, ella

archivará sus escritos con una merecida sed de revancha para hacer algo de dinero luego de invertir todo lo suyo (y lo único) en su marido. “¿Cuánto tiempo necesitas para terminar la novela?”, le preguntaba a Julián; “seis meses”. Y ella mantenía el hogar. Pero durante las madrugadas lo que escuchaba desde el estudio eran los sonidos graciosos de un juego de Xbox, las notificaciones de un mensaje en ICQ o el televisor; mas nunca el teclado de un escritor frente a la computadora.

Aquel domingo me animé también para encontrarlos porque Amanda le había pedido ayuda a otro conocido, buscaba algún contacto para publicar la obra. Pero para aquel, lo impor-

darlo a conocer y editar sus poemas: publicarlo. De eso era de lo que hablaba. Pensaba quizás en resucitarse a sí mismo como ensayista. No contaba, en ese momento, con mucho en qué ayudar a Amanda: aún no lograba su cometido con la obra del poeta salvadoreño desconocido.

El universo es inmenso, y la tierra donde vivimos también. Sin embargo, los seres humanos nos repetimos, una y otra vez. Concluyo que debemos todos ser muy iguales. Las lunas de Júpiter, tan distintas entre ellas, son todas lunas. Los seres humanos, tan distintos entre nosotros, ¿qué no haríamos por dar a conocer la obra de nuestro Padre?

taller, a pesar de su corta estancia y de mis actividades que entonces volverán a media rutina. Quizás no tengamos mucho tiempo, pero lo fabricaremos, cómo, no lo sé; la necesidad de leer y escribir no puede postergarse, la vida corre de prisa. El festín con toda la familia en la tarde-noche es el corolario a la escritura.

Hoy tuve una vivencia que un día será motivo de taller. Mientras andaba a la caza de algunos productos para esas reuniones de la próxima semana, entre los pasillos del supermercado, descubrí que de la fuente de las flores salía una bella voz. Seguí la senda de las ondas sonoras y no viendo ningún artefacto de donde proviniera aquella suave música, fijé



tante más bien era que la solicitud le alimentaba el ego, estaba tan alejado de las letras: hacía veinte años que no publicaba nada. No ofreció ayuda en concreto. Habló de sus conexiones, de sus viajes como funcionario público de El Salvador... y sobre su padre, implícitamente, sobre su relación hijo-padre.

Debe tener un nombre especial esa experiencia de conocer al hijo de un gran escritor, al vástago de un Juan Rulfo, de un Mario Vargas Llosa o de un Gabriel García Márquez; y si uno se siente identificado con él, pues mayor debe ser la emoción. De ahí debió haber nacido la necesidad de nuestro amigo por preservar y promover la obra de su propio progenitor. Poco tiempo atrás había conocido al hijo de un “Don Alguien Importante de las Letras”, precisamente en la reunión de padres de familia en el jardín de niños de su hija.

Siempre hubo una especie de admiración, por parte de aquel amigo que teníamos en común y que ahora guardaba silencio, hacia su padre vivo; de hecho, todos en la mesa lo respetábamos. A la muerte de aquel, acaecida dos años antes, se había trazado la misión de revalorarlo, de

Encuentro con una soprano

Las mañanas de vacaciones con mi hijo en casa, son siempre refrescantes y encienden en mí el gusto por saber qué leeremos y qué escribirá cada quien. A él le gusta leer esas mañanas de taller; yo, invariablemente, respondo a su pregunta: ¿quieres leer, mamá?: No, me gusta escucharte. Sigo su lectura sobre el libro que me ha traído desde Quito, París, Boston, México: según de donde venga, tras cada viaje, a casa.

La lectura es una ventana que abrimos para que la imaginación vaya volando sobre las líneas y, luego de la oxigenación, el inconsciente o el consciente (algunas veces) resuelva sobre qué escribirá. A veces, la mente impone ciertos asuntos o hilos que se han quedado trancos tras otras lecturas, fechas idas, temas inagotables, pero por lo general, surgen nuevos duendes y nuevas hadas que guían la mano por caminos conocidos, o desconocidos técnicamente, y no obstante tan recurrentes en el uno y en la otra. Son los caminos de la memoria, que gusta de pasear por la infancia o vislumbrar un mundo aún inexistente.

Esta semana de Pascua, haremos

mi vista en quienes estaban escogiendo rosas. Di con la voz que iba yo siguiendo desde hacía un par de minutos: una soprano; me lo confirma la modulación de sus labios. Impelida por cualquiera que fuera la emoción que en ese momento la embargaba, caminaba y miraba las rosas de diversos colores sin atinar a con cuál ramo quedarse, mientras va dejando escapar algunas notas.

- ¿Tú eres la que está cantando?, pregunté.

- Sí, -respondió con una sonrisa dibujada sobre su rostro franco y abierto.

- Cómo te llamas, -Lidia Cepeda.

- ¡En dónde cantas!, me gustaría escucharte, de nuevo disculpa mi ignorancia. Sonrió, -en distintas partes, he cantado en...

La charla continuó por varios minutos: ella refiriéndome... Yo, preguntando:

- ¿Conoces a Rosy...?, vive en Suiza y canta en...

- Sí, claro, ella vino...

¡Grata experiencia!, tuve hoy. Por lo general, vamos por el mundo sin mirar ni escuchar; sin ver que donde hay rosas pueden encontrarse, también, cantantes de ópera.



David Huerta

Versos del búho

No tengo idea de la situación por la que atraviesa la poesía de Enrique González Martínez (1871- 1952), poeta mexicano de la batalla pasada, como se puede ver por sus fechas de nacimiento y muerte. En la segunda década del siglo XX, cuando andaban en su madurez los poetas nacidos en el régimen porfiriano, lo que había era un imperio lírico bicápite: reinaban Amado Nervo y González Martínez; nadie ni siquiera se les acercaba.

Faltaban unos años para que Ramón López Velarde se alzara con la monarquía poética. Ahora somos lopezvelardeanos hasta la médula. Nadie se acuerda de aquellos dos, uno de Jalisco (González Martínez) y el otro de Nayarit (Nervo). Por lo menos, a Nervo se le hace caso para menospreciarlo y afearle la cursilería y la complacencia —pero a González Martínez, creo, nadie le tira ni un lazo.

A algún ingeniosillo se le ocurrió decir que en ese entonces, en la década de los años diez del siglo pasado, la poesía mexicana estaba “fuertemente occidentalizada”, por aquello de que esos dos eran poetas del Occidente de México, de la costa del Océano Pacífico. Con López Velarde comienza el reinado del Altiplano, o algo así. Aquí, empero, voy a hablar de versos, pues las sociologías literarias no se me dan muy bien.

Los versos de González Martínez me parecen estupendos, sobre todo por su factura, aunque mucho menos por sus “contenidos”, que a la hora de la verdad poética me importan considerablemente poco ante aquella factura versal. Eso no quiere decir de ningún modo que yo considere mejores poetas a los buenos versificadores; pero se me concederá, sin mucho esfuerzo, que un poeta que no domina su oficio tiene pocas posibilidades. Y González Martínez dominaba su oficio como casi nadie, con excepciones notables: en México, Díaz Mirón; en otros ámbitos continentales, el prodigio llamado Rubén Darío. Entiendo que González Martínez fue propuesto por sus admiradores para el premio Nobel. Ahora nadie, me temo, se acuerda de él.

Leí -releí, en un caso-, en unas cuantas tardes, los primeros libros de Enrique González Martínez. Los títulos son los siguientes: “Preludios”, “Lirismos”, “Silénte” y “Los senderos ocultos”. Había leído en antologías decenas, cientos de sus versos. Había escuchado su nombre miles de veces. Leídos por mí, hace muchos años, “Babel” y “El nuevo Narciso”, y algunas páginas autobiográficas, me sentía al tanto del tema; pero no: esta lectura, tardía, me ha dado mucho más de lo que yo esperaba, en especial por el manejo del verso de este poeta, como ha quedado dicho.

Una vez le oí decir a Alí Chumacero, en respuesta a un estudiante que quería saber por dónde comenzar sus lecturas de poesía mexicana moderna: “Empieza con Amado Nervo”. Yo diría que con González Martínez. No disiento de Chumacero; en todo caso, no por mucho. Pero esa sería mi respuesta sincera.

¿Qué por qué “versos del búho”? Quien conozca el poema más célebre de ese poeta lo entenderá.

Oscar G. Baqueiro

Resurrección

Entrando en el sentimiento profundo de la mayor celebración cristiana, en cuya fecha estamos, inserto la letra de un himno evangélico cuya letra castellana la puso el distinguido neoleonés Ernesto Barocio, pastor bautista de ilustre memoria.

1 Resucitó, la nueva dad, al mundo, que su muerte vio
Tomó en la cruz nuestro lugar, más del sepulcro revivió.

2 Viéronle tristes sepultar cuantos en él tuvieron fe
Toda esperanza muerta ya, creyeron sepultar con él.

3 Mas el sepulcro no logró en sus prisiones retener
Al Cristo Rey, que vencedor fue del infierno y su poder.

4 Resucitó, ya no tendrá sombras la tumba para el fiel.
Aunque muere, vivirá el que creyere sólo en él.

CORO

¿Por qué buscáis al Cristo aquí?
Entre los muertos ya no está.
No le lloréis cantad, reíd y proclamada el Cristo vive y reina ya.

